



# CHILE: UNA PRUEBA DECISIVA PARA AMERICA

Un Frente Popular ha vuelto a Chile, o va a volver si el Congreso ratifica el resultado electoral, supliendo así la falta de una mayoría absoluta (y deberá hacerlo: primero, porque el Congreso siempre se inclina en estos casos en favor de la mayoría electoral; segundo, porque hay mayoría parlamentaria para la Unión Popular), y si no se producen acontecimientos ajenos a la legalidad y a la Constitución, Jorge Alessandri, el candidato de la derecha derrotada, es hombre con antigua fama de probidad y de respeto a la democracia, pero entre las fuerzas que le sostienen hay elementos montaraces. Hay también algún general nervioso, del tipo iluminado, como Viaux, y hay intereses norteamericanos muy fuertes —la Anaconda y la Kennecott siguen controlando un 90 por 100 del cobre— que se ven amenazados por una nacionalización auténtica, sin la demagogia del término «chilenización» emitido por Frei, y que están ya dando campanillazos de alarma en Washington y llamando a las puertas amigas de la C. I. A. para hacer esta advertencia: lo que ha sucedido en Chile, si se permite, puede ser un ejemplo para otros países de Hispanoamérica, y el marxismo, que tanto dinero y tanta sangre cuesta contener, podría extenderse dulce e inadvertidamente por la vía electoral. No parece que esto sea cierto —otros países tienen cegadas las vías electorales, no las abren como Chile—, pero puede servir para que Washington «haga algo».

Estos son los enemigos de la coalición de izquierdas en Chile: Washington, una bravia derecha rural y algún general inquietante. Se dice que el Ejército no tiene tradición golpista, y esto no es del todo exacto. En la historia reciente de Chile está el dudoso general Ibáñez, a veces Presidente y a veces eminencia gris, manejando durante muchos años el juego político; hay el golpe revolucionario militar de 1932 (Marmaduk Grove, jefe de la aviación militar), que proclamó una efímera República socialista, derribada a su vez tres o cuatro meses después por otra facción militar, y una presión militar —que hizo surgir de nuevo el espectro del general Ibáñez— perjudicó al Frente Popular de Pedro Aguirre Cerda y su heredero, José Antonio Ríos, en 1941. Lo que ocurre con el Ejército chileno es que su tradición y su actuación son generalmente democráticas y no tiránicas, y sus comparecencias en la vida política se han inclinado generalmente a una devolución de equilibrio, a una rectificación de extremos. Será preciso saber si se considera como extremo la Presidencia de Allende, y si Allende no tendrá que matizar todo su programa político: todas sus promesas electorales —nacionalizaciones, Asamblea del Pueblo en lugar de Congreso y Senado, reconocimiento automático de Cuba, denuncia y retirada de la Organización de Estados Americanos si esta organización no se desprende de Washington, profunda reforma agraria, nueva legislación laboral, etc.—; se habla ya en Chile de «mano de hierro».

en guante de terciopelo», significando que si todas las reformas han de ser realizadas será con suavidad, con tiempo, con matices.

La cuarta columna de los enemigos del nuevo régimen: sus vecinos. La extraña geografía longilínea chilena —imaginamos, desde esta óptica, un país que se extiende desde Copenhague a Tombuctu, con un ancho oscilando entre los 90 y los 190 kilómetros— le da una enorme línea fronteriza con tres regímenes de golpe militar: Argentina —endurecida tras sus últimos acontecimientos—, Bolivia, donde el régimen neofascista se defiende de la nueva guerrilla, y el dudoso Perú. Más atrás, Paraguay y Brasil, como una retaguardia ultraconservadora. Ninguno de esos países está satisfecho de un gobierno popular en Chile. Temerán su imagen, su contagio: temerán que trate de servir de «santuario» para sus guerrillas —y, aunque no sea verdad, le acusarán continuamente de ello—, y pueden servir, a su vez, de base de operaciones contra él. No van a ayudarlo a vivir.

Sin embargo, el régimen de Unión Popular parece bien asentado en la población chilena: más de lo que dan a entender las cifras de los votos y, sobre todo, de lo que se quiere significar con la manipulación matemática-semántica de esos votos. Se dice que la derrota de la derecha se ha producido por su división, y que si la democracia cristiana hubiese aparecido unida a la derecha de Jorge Alessandri, el frente socialista hubiese sido derrotado. Este cálculo es exacto, pero no se ve por qué razón debía haber sucedido así: la democracia cristiana parece hoy más próxima a la izquierda que a la derecha, y sus diferentes grupos y facciones van desde el centro moderado a la extrema izquierda del M. A. P. U. (Movimiento de Acción Popular Unitario), que pretendía que la democracia cristiana se hubiese unido a la Unión Popular de socialistas y comunistas. Es muy posible pensar que de no haberse presentado el candidato de la D. C., Rodomiro Tomic, la repartición de sus votos entre los otros dos candidatos hubiese beneficiado mucho más a Allende que a Alessandri. Ahora, mientras la derecha se enroca en la defensa de la escasa diferencia de votos (su 34,9 frente al 36,3 por 100 del vencedor), farfulla predicciones apocalípticas y «espera en el patriotismo del Congreso», la democracia cristiana se ha apresurado a reconocer el triunfo de la iz-

quierda; Tomic ha abrazado a Allende, ha declarado que tiene confianza en él, y en algunos centros de jóvenes demócrata-cristianos fueron aplaudidos los resultados finales favorables a Allende. Esto indica la posición general de la democracia cristiana.

Esta posición, es, por una parte, doctrinal y realista; por otra, de cálculo político. Doctrinalmente, desde el momento en que Frei lanzaba hace seis años su campaña electoral y se mostraba anticomunista para ganarse a la derecha y se decía la única barrera posible frente a la revolución social, hasta este 1970, la D. C. se ha ido hacia la izquierda. La posición general de la Iglesia —tan inspiradora de Frei— ha cambiado en toda América Latina desde la antigua posición de aliados de la oligarquía hasta el populismo que va desde los curas guerrilleros hasta los obispos contestatarios; en Chile, estos últimos seis años han sido decisivos para tal evolución. La D. C. ha deseado apoyarse cada vez más en los elementos populares para sobrevivir. De esta forma ha preparado el camino a la izquierda populista. A partir de la moderada reforma agraria, la D. C. se dedicó a la politización de las poblaciones rurales, feudo tradicional de la extrema derecha, centro del más rudo caciquismo. La D. C. quería crear su propio núcleo electoral de estos campesinos, fácilmente influibles desde el poder. Su otro apoyo había de ser el subproletariado urbano, el «lumpen» creciente de las chabolas de Santiago de Chile, procedente de la desesperada emigración rural hacia la ciudad —fenómeno común en toda Hispanoamérica—, que debía estar más atento al paternalismo proteccionista del partido católico que a las difíciles exigencias disciplinarias, teóricas y rígidas del marxismo. Estos eran sus cálculos. Creían que el marxismo estaba reservado a lo que llamaron «la aristocracia obrera» —los especialistas, los mejor situados—, a los intelectuales, los profesores, los estudiantes, pero que los «pobres humildes» preferirían el redentorismo paternalista de la D. C. El despertar político de estas clases tradicionales enmudecidas ha favorecido en gran parte a la coalición del Frente Popular, pero el contacto con ellas ha inclinado hacia la izquierda a la democracia cristiana. Por otra parte, con esta acción, la D. C. se ha alienado lo que parecía en un principio su terreno propio: la clase media. Los sectores de las profesiones liberales y universitarias se han inclinado hacia una izquierda más clara, mientras que los sectores rentistas o acomodados prefieren la derecha, que les defiende contra la marea ascendente de los campesinos y el subproletariado. De una forma general puede decirse que la democracia cristiana ha abierto nuevas posibilidades a la izquierda —que han sido recogidas en estas elecciones— y que ella misma se ha inclinado desde el centro hacia la izquierda.

Por estas razones, la rápida y casi gozosa aceptación del triunfo de la Unión Popular por parte de la democracia cristiana es doctrinal. Pero también es política. A pesar del triunfalismo del momento, el partido comunista chileno, sus viejos militantes resabiados y buenos conocedores de la historia política del mundo, no debe dejar de pensar que de alguna manera esta coalición de ahora puede derivar hacia una separación del partido socialista de Allende y del partido comunista. Es decir, que la Unión Nacional puede romperse. Probablemente, todas las presiones que se hagan ahora sobre Allende —desde Washington hasta los militares del equilibrio— van a tender a esa separación. Ese es el momento que acecha la democracia cristiana para ofrecer su alianza al partido socialista, en sustitución de los comunistas, y formar así una especie de coalición centro-izquierda como la hay en Italia o la que hubo hasta hace poco en Alemania Federal, sólo que con un carácter más a la izquierda.

Para el partido comunista es muy importante que eso no suceda así. Es un juego de alcance continental. Se sabe que hay una importante lucha doctrinal en toda Hispanoamérica entre los partidos comunistas ortodoxos, partidarios de la coexistencia, de la actuación dentro de la legalidad y del sistema, y los movimientos revolucionarios, que creen que la violencia (la guerrilla, rural o urbana; los secuestros, los golpes de mano) supone la única carta posible. El partido chileno es de los que más se han distinguido en la primera posición: su conquista del poder por vías pacíficas y electorales supone, desde su óptica, una prueba de que es más eficaz la lucha dentro del sistema que la oposición violenta, que aumenta las segregaciones contrarrevolucionarias. Pero si hubiese un golpe de Estado contra el Frente Popular, si el partido comunista fuese llevado de nuevo al aislamiento para ser sustituido en la coalición gubernamental por la democracia cristiana, se demostraría la mayor razón de los revolucionaristas. (Esa aventura trágica ya les pasó a los comunistas chilenos una vez: en 1946, la coalición radical-comunista del Presidente González Videla se asoció con el partido liberal; finalmente, González Videla se separó de los comunistas para apoyarse en los radicales, y lo hizo con tal entusiasmo, que declaró ilegal al partido con cuya alianza había ganado las elecciones y le persiguió sañudamente. El exilio de Pablo Neruda fue en aquella época.)

Puede decirse que el resultado electoral de Chile abre un momento de gran importancia para el futuro de América Latina: cualquiera de los acontecimientos que pueden suceder, desde su anulación a mano alzada hasta su implantación de un programa realmente socialista, pueden tener una influencia decisiva. Se trata de esperar y ver.

